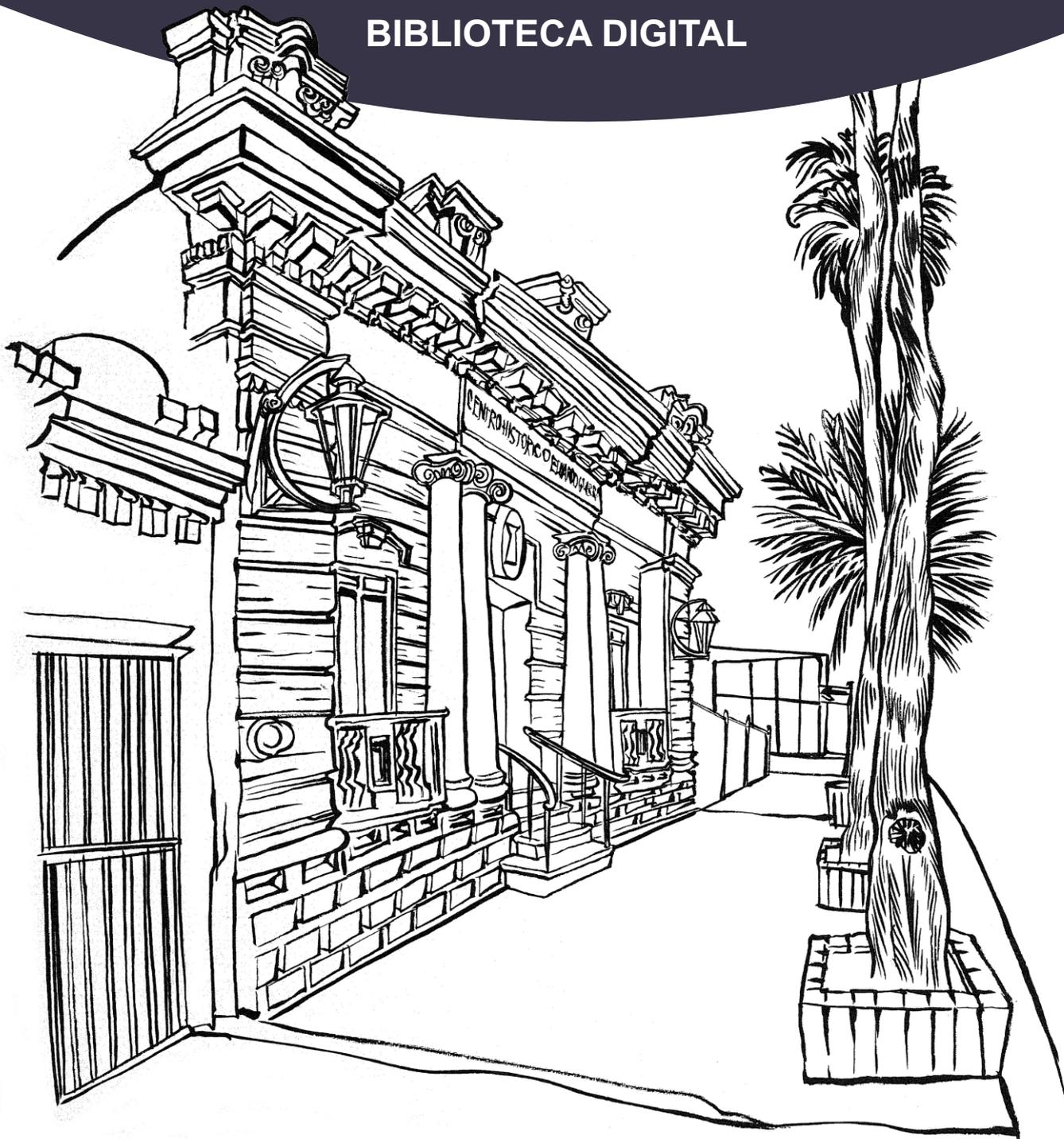




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

@ArchivoTRC

**ÁNGEL DEL AMOR,
EN TUS ALAS ME ETERNIZO**

Rosa Gámez Reyes Retana

Ángel del amor, en tus alas me eternizo

Primera Edición: 30 de Agosto de 2017

© Rosa Gámez Reyes Retana

José Luis Muñoz Pinedo

Diseño e Impresión

Se prohíbe la reproducción parcial o total “por cualquier medio”
sin el permiso previo y escrito del editor y/o autor.

Impreso y hecho en México.

DEDICATORIA

Dedico esta plaquette a Dios, al que le agradezco le diera a mi padre Francisco E. Gámez Espinoza, *un gen de Dios*, gen reflejado en esa fuerza poderosa del sentimiento de amar y en esa fuerza espiritual y humana del instinto de supervivencia que tuvo que tener, para enfrentar su dolorosa vivencia de crucifixión de su gran amor, el que por su fe, creencia y esperanza, pudo por resignación aminorar y continuar viviendo.

Rosa Gámez Reyes Retana

Hay tantas penas en el Amor como conchas en la playa.
Publio Ovidio Nasón

Ángel del amor, en tus alas me eternizo

Por Rosa Gámez Reyes Retana

Hay tantas penas en el Amor como conchas en la playa.

Publio Ovidio Nasón

Las metamorfosis de imágenes de recuerdos y caricias cabalgaban incontinentes, a veces a galope contoneándose con el imparable trotar en el pensamiento de Francisco; pensamiento voluntarioso que le fluía con sadismo recordándole a su amada, ahora inalcanzable.

Enriqueta Crabtree era una joven mexicana nacida de padre inglés y madre México-inglesa, por eso Francisco le decía cariñosamente mi yegua de sangre inglesa, la que se cruzó en su camino como una centella, como un meteorito inexplicable, que aterrizó en su ser como regalo del cielo. Con ella conoció al unir su vida mediante las leyes religiosas y civiles, el elixir del éxtasis mágico de la satisfacción de todos sus sentires: corpóreo, mundano y espiritual, los romántico-novelescos, intelectuales y cotidianos.

Su presunción machista y elitista estaba agradablemente colmada, primero con su noviazgo que duró algunos meses, meses en los que tuvo que deshacerse de su vida alegre de soltero, cancelar reuniones con algunos amigos en el Casino de Torreón, donde él y su grupo eran buenos bailadores, grupo que no faltaba nunca a las alegres tertulias ni a los matinés y tardeadas, en

donde se reunían desde luego con jóvenes casaderas hermosas, amistades que perdieron su encanto, al conocer Francisco a Enriqueta.

Desde ese instante que la miró, le impactó una sublime sensación poética el contacto de su bella presencia, por lo que decidió mostrar lo mejor de sí, para conseguir que ella fuera su novia.

Así fue de agradable ese tiempo inolvidable de su noviazgo para él y para ella, relación donde se comenzaron a conocer, porque lo que veía y conocía cada día de ella, le gustaba más, con ella quería compartir toda su vida.

Esos tiempos que recordaba tanto, su noviazgo cimiento importante de ese conocer lo que ella deseaba, lo que le gustaba y esperaba de él como pareja, tiempos necesarios para conocer ambos un algo de ellos que después de varios meses gratamente decidieron unir sus vidas en matrimonio. La amorosa luna de miel, la bendición e impacto que le causó saber que iba a ser papá, el nacimiento de su hijito, ahora, con un poco más de un año, tiempos que lo habían convertido en un hombre privilegiado, donde cada poro de su ser agradecido le daban gracias al Señor su Dios.

Él quería retribuirle a la vida y a los que le rodeaban, un poco de esa satisfactoria felicidad que tenía, ese indescriptible bienestar que atesoraba en su ser, por haber conseguido el amor de su amada, su iniciada familia y el nuevo anuncio de que un nuevo embarazo de Enriqueta, ya se gestaba.

A veces embestía como Don Quijote los molinos de pensamientos del sentirse indigno de esa bella felicidad del amor por su sensible percepción del penar ajeno, al ponerse en el lugar de amigos y de personas que conocía, sus problemáticas y sufrimientos, carencias que vivenciaban y dificultades en sus relaciones familiares que él evidenciaba, ante estas problemáticas su yo lo interpelaba en su interioridad, como juez que exige respuesta el por qué, de la infelicidad de ellos y el por qué de su inmensa felicidad de él.

Desde que la vio tocando el violín, en ese evento en el que, colaboraba para obtener dinero para la reparación de la capilla de ese lugar llamado Ciudad Jardín, se dijo a sí mismo, con cierta malicia interior, a este ángel como si me convirtiera en Don Juan y ella fuera Doña Inés del alma mía, voy a conquistar. Francisco volcó su interés en saber de ella, de su familia, de sus amistades y al interesarse tanto, logró enterarse, que su padre *el Ingeniero Henry Herbert Crabtree llegó a nuestro país por la Villa Rica de la Veracruz, que trabajó como ingeniero civil, con la compañía Inglesa Pearson and Son LTD, en la construcción del Puerto. Henry Herbert se casó con la señorita Carlota Camacho Holl, su madre era de origen inglés, según ella misma lo confirmó en la revista "Ayeres de Ciudad Jardín, siglos XIX-XX, que en 1908 siendo su esposo consul de Inglaterra, decide residir por siempre en Lerdo, Durango, que ella, con grandes facilidades para la pintura, fue una de las primeras alumnas de la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA) conocida como la Academia de San Carlos, donde estudió pintura"*.

Por coincidencias de la vida, el único hijo que tuvo su hija Enriqueta Crabtree de Gámez, aquel niño que dejó huérfano de tan sólo un poco más de un año, Francisco Gámez Crabtree, sacó la afición por la pintura.

Varias pinturas de él, las conserva su hermana, quien es escritora y poetisa, que en su libro de cuentos “*Pueblerinas narraciones*” puso como portada, una de sus pinturas de él, al decir hermana en lugar de media hermana, es, porque nunca sintieron ambos que fueran medios hermanos, él también estuvo como alumno en esa misma academia de San Carlos, en la Ciudad de México, donde su abuela Carlota Camacho de Crabtree estudió. Abuela que destacó en la pintura y obtuvo premios por sus pinturas, en las que resaltaban la frescura aterciopelada de las hermosas flores que pintaba.

Cuando residía la familia Crabtree-Camacho en la ciudad de México, estuvo Enriqueta, como alumna estudiando violín en el Conservatorio Nacional de Música, joven que posteriormente por su musicalidad y virtuosismo, fue becada para estudiar en la Scala de Milán, Italia. Su abuela en esa revista “*Ayeres de Ciudad Jardín*” confirmó que Enriqueta Crabtree su hija, había llegado a ser parte de la *Sinfónica de Toscanini*”.

En esa época, muchos jóvenes de México de la aristocracia y de recursos, se iban a estudiar a Europa. Una hermana de Enriqueta, Trixi, tocaba piano, ella conoció al hijo del que había sido *senador porfirista*, “*el Lic. don Tomás Reyes Retana, uno de los hombres más ricos de México*”, como lo señala en su libro “*El exilio: un relato de familia, Carlos Tello Díaz*”. Ese hijo llevaba el mismo nombre del senador; Tomás, el estudió canto en la Scala de Milán, Italia. Cuando regresa a la Ciudad de México forma una familia con Aurora Manero, se olvida del canto, pero con los años y con tres hijos, Aurora, Reynaldo y Lucía, opta por dedicarse a dar clases de canto, fue

maestro de la tan reconocida artista Silvia Pinal y de otros cantantes que se dedicaron a la ópera y al cine.

Su amada Enriqueta, le transmitió a Francisco, desde que comenzaron a tratarse, como una transfusión inexplicable de alegría y felicidad, la que envolvía sus actividades y objetivos, despertando en él sentimientos de buena voluntad, de justicia y honestidad, de ese deseo de servir y ayudar a quienes se lo solicitaban, desde luego a los más allegados, sus padres, hermanas y hermanos, sus trabajadores agrícolas a los que les pagaba un poco más de lo establecido en el mercado laboral.

Fue el fruto de la bella consecuencia del encontrar el verdadero amor, en su yegüita inglesa, el que se le manifestara un estado interior placentero, sobre todo cuando ella lo acompañaba a cualquier reunión social o en los lugares que ambos disfrutaban juntos, tantos parajes hermosos, sembradíos de dorados trigales que se mecían suavemente, al paso del viento, verdor de plantas de algodón ofreciéndoles arrogantes capullos reventados por el blanco y asedado algodón. Tierras laguneras de algodonaes testigos de sublimes manifestaciones de amor y compenetración.

La conoció en esa fiesta, tocando el violín, después, al ser invitado a casa de una familia de agricultores conocidos de él, que vivían en Lerdo, integrantes de la elitista sociedad Lerdense, la volvió a ver. Su mirada como cámara fotográfica ya no pudo dejar de enfocarla, cuando la tenía enfrente, cerca o en su imaginación.

Francisco era sampetrino, llevaba el nombre de su padre, Francisco, al que toda la gente lo llamaba cariñosamente y con respeto, don Panchito, hombre

pelirrojo de ojos acariciadores en color azul claro, quien muy joven había sido uno de los fundadores de la hoy Ciudad, de San Pedro de las Colonias, Coahuila de Zaragoza, ciudad histórica y heroica, como lo señala en uno de sus artículos del periódico Siglo de Torreón, en su columna Laguneros ilustres, el Ingeniero Jesús de la Fuente, investigador y periodista, periódico en el que afirma que: *“Don Francisco Gámez Castro, era hijo de Gorgonio Gámez, liberal juarista que fue compadre del general don Ignacio Zaragoza, que años después, ya casado, don Panchito que había formado una sólida familia, por plebiscito y contra sus deseos, fue nombrado presidente municipal de San Pedro de las Colonias y años después, Tesorero Municipal, desde luego aceptó, no para vaciar las arcas municipales, como ahora acostumbran algunos de nuestros representantes del gobierno que tristemente son corruptos, “sino para ayudar a una seria crisis económica que sufría el municipio en 1911, al triunfo de las fuerzas maderistas”.*

Señala también el Ing. Jesús de la Fuente, *” Que Don Panchito fue uno de los principales usuarios de las aguas del Río Nazas defendiendo los derechos de muchos agricultores para la parte baja de la Región Lagunera, todos formando parte del Consejo de Ribereños Inferiores del Río Nazas.*

Que la valiosa documentación histórica de su abuelo Don Gorgonio y de él mismo, relacionados con labores patrióticas en defensa de su patria, documentos que guardaba don Panchito en su despacho de la casa hoy llamada popularmente “Casa Quemada, se perdieron cuando fue incendiada en 1914 por los huertistas, durante la Revolución Mexicana en esa batalla decisiva en el

dominio del norte de México por las fuerzas revolucionarias encabezadas por Villa y su División del Norte". Casa construida por el ingeniero Federico Wulff, en la calle Hidalgo frente a la plaza principal.

Su madre Doña Rosa Espinoza de León de Gámez junto con otras señoras, esposas de agricultores de esta región, se preocuparon por que hubiera un hospital y una Iglesia, lo que con el tesón de su iniciativa y organización a través de algunos años lo consiguieron.

En 1893 cuando llegó Don Francisco Ignacio Madero a radicar a esta Villa, de San Pedro de las Colonias, Sarita Pérez su esposa, se reunió con Doña Rosa Espinoza, esposa de don Panchito Gámez para realizar labores sociales en la localidad, como la necesaria fundación de algunas escuelas y dispensarios. Había una conciencia de ayudar a los más desamparados, tan es así que don Francisco Madero atendía personalmente por sus conocimientos médico-homeopáticos a personas con alguna enfermedad, sobre todo a sus trabajadores y personas indigentes. A fines de 1908 termina la redacción de su libro "La Sucesión Presidencial, este libro por su contenido de preocupación por un México más democrático, se convirtió en un incentivo o detonante para la Revolución Mexicana de 1910.

Francisco E. Gámez, posteriormente, como hijo mayor, siguiendo el ejemplo de su padre, don Panchito Gámez Castro, con las relaciones de hacendados empresarios, agricultores algodoneros que tenía su padre y con las que contaba él, en Torreón, Coah., fue pionero al luchar para que en ese auge algodonerero que estaban viviendo, se tuviera una empacadora algodонера, fue uno

de los fundadores, como lo confirma en Papeles de Familia UIA Laguna el Ing. Jesús de la Fuente.

Él, también, Francisco E. Gámez Espinoza como lo señala el Doctor Enrique Beltrán, quien transcribió un artículo del ingeniero Jesús de la Fuente, fue uno de los fundadores del Casino de la Laguna en Torreón, Coahuila, lugar que él apreciaba y tomaba muy en cuenta.

A él, Francisco Gámez Espinoza le gustaba la música clásica y sobre todo las óperas. Fue un galán en su juventud, amigo de Fanny Anitúa, una contralto reconocida en el medio artístico mexicano y mundial, originaria de Durango.

Los padres de Francisco lo pusieron a estudiar el piano y llegó a tocar bastante bien la partitura de *La Cavalleria Rusticana* o Nobleza rústica, música de Pietro Mascagni estrenada en 1890, la que tocaba bastante bien.

A Francisco lo enviaron a estudiar a Estados Unidos, donde estudió Ingeniería Hidráulica. Por estos sus conocimientos de ingeniería Hidráulica se confirman cuando formó parte del equipo de trabajo del gobernador Rojo Gómez, en Pachuca Hidalgo, en el Primer Congreso Mexicano de Ingeniería Rural en 1939, frente al Presidente de México, Lázaro Cárdenas, con la asistencia de todos los gobernadores. Francisco E. Gámez, vocal ejecutivo, expuso sus ponencias a las que tituló “Ensayos para obtener suficiente agua potable en lugares en que el agua de las lluvias es escasa y donde la perforación de pozos artesanos ha sido un fracaso”.

Él llegó a hablar con fluidez tres idiomas, su idioma natal el español, el francés, y allí en Estados Unidos

reafirmó su inglés tan importante en las transacciones algodoneras, por lo que tenía bastante seguridad en sí mismo.

En los Estados Unidos Francisco no estaba contento, de inmediato percibió el racismo y el maltrato que les daban a los trabajadores mexicanos y a los negros, no le agradaba, había demasiada discriminación y le dolía, pues su humanismo y amor al prójimo se rebelaban contra esta segregación racial tan predominante en el sur y en el norte de los Estados Unidos, conductas inhumanas tan humillantes, burdas y de mal gusto. Cuando tenía que subir a un bus, los letreros discriminatorios para mexicanos y negros, le molestaban, él, aunque el chofer le dijera que se sentara adelante, a propósito, para demostrar su inconformidad, se hacía el desentendido y se sentaba con los negros y con alguno que otro mexicano de piel morena. que había tomado el bus. Las entradas a los cines y espectáculos en teatros, para subir o entrar, a los de raza negra tenían que hacerlo no por la puerta principal sino por escaleras exteriores. Por ello no era de su agrado su estancia en ese país.

Francisco admiraba la cultura francesa, que en ese tiempo predominaba en México. Sí le sirvió mucho aprender con fluidez el idioma inglés, desde luego por su formación académica y por su enamoramiento con su yegüita inglesa, quienes frecuentemente lo hablaban entre la familia de ellos.

Se sentía privilegiado porque ella, teniendo tantos pretendientes, jóvenes de la mejor sociedad de la Comarca Lagunera, muchos hijos de hacendados y empresarios laguneros, algunos de éstos de origen español que habían

puesto sus ojos en ella, confirmar que en él, en él Enriqueta, su ángel de amor, puso sus ojos y le correspondió, era un poder repetirse la locución latina: “*Veni, vidi, vici*”. Vine, vi y vencí, atribuida a Julio César.

Él ya no era tan joven, ya pasaba los treinta años y ella sólo tenía veintiuno. Para él, Enriqueta era solo una chiquilla. La iba a ver a la ciudad de Lerdo y cuando regresaba a San Pedro donde él residía, el camino de regreso se le hacía eterno ese camino con tantos tramos de terracería tan largo, menos largo desde luego que su amor, que no le permitía dejar de pensar en ella. Hasta en el dormir estaba en sus sueños, sueños tranquilos, dulces, apacibles, donde él la tomaba de la mano para caminar por los viñedos de su Rancho “La Independencia”, refrescándose con el agua de la noria cuando venían acalorados de correr, ella tratando de zafarse de él y él tratando de alcanzarla, corría como una venadita y de tanto correr por los surcos o entre los viñedos, cortando algún racimo de uvas moscatel o uvas rosadas del Perú, la sed los hacía dirigirse y descansar, para beber el agua fresca de la tinaja que tenía el filtro de piedra, bajo el techo de la terraza con estéticos arcos en la casa de adobe construida en ese rancho. Le ofrecía el agua que estaba fresca y con ella riendo siempre se veían asombrados de su amor, como niños traviesos.

Él siempre respetó a Enriqueta, mujer de sus sueños románticos, con la que soñaba fuera su compañera de toda la vida y como pesadilla de mal agüero, sombras de una densidad lejana le hacían percibir, lo difícil que le sería ya vivir sin la compañía de su Enriqueta. Durante su noviazgo, aunque sentía una gran pasión por hacerla suya,

por besarla, abrazarla, él, muy dueño de sus acciones y pasiones, supo esperar.

Su madre Rosa Espinoza, no con espinas sino con amor y razonamientos, le había internalizado muchos valores universales, pero sobre todo el respeto, el respeto al prójimo, a sus creencias, a sus gustos, a la integridad, respeto a la propiedad privada, evaluar el trabajo de los trabajadores, ser justo con ellos en la remuneración de su trabajo, el comulgaba con su madre, con ese modo de pensar tan altruista, tan dedicado a servir a los suyos, a su pueblo, a sus trabajadores, por ese amor a Dios y como Enriqueta su chiquilla adorada y noble, estaba llena de bondad y musicalidad, la respetó hasta el día que se casaron por las dos leyes en 1916 el 11 de septiembre. Por eso se prometió a si mismo que por ella él lucharía hasta contra él mismo, aunque en cierta forma ella ya le correspondía.

Cuando Enriqueta le dijo con timidez que lo quería, sintió que una nueva dimensión lo trascendía, lo influenciaba, lo guiaba en sus sentimientos amorosos poéticos y creativos cuando afloraban en él, con gran pasión inexplicablemente.

Daba Francisco gracias a Dios por haber creado el sentimiento del amor, las vivencias en el ser humano de la sexualidad, todo lo creado por Dios, para él eran hechos que se debían de agradecer al creador y él ahora tenía el privilegio de haberlos alcanzado, viviendo con felicidad y gratitud estos privilegios que Dios le otorgaba sin merecerlo.

Cuando ella le comunicó que esperaban un bebé, se le salieron las lágrimas de agradecimiento a Dios y a ella, su

ángel del amor que lo envolvía con sus alas tiernas, a cada momento en una afinidad sólida, humana, plena de ternura y comprensión, por este embarazo sentía que la amaba más y más le daba gracias a Dios. Sus brazos tiernos de ella eran como alas de ángel que lo eternizaban por siempre en el infinito astral.

El primer año vivieron en San Pedro, de las Colonias donde al inicio el ambiente para ella no le era muy grato, unas muchachas jóvenes que conoció le parecieron muy superficiales, al tratarlas se dio cuenta que dedicaban todas las tardes a jugar cartas, ella con su formación intelectual-artística musical y pictórica, sólo encontró en estas jóvenes de su edad, un vacío existencial, postmoderno, preocupadas sobre todo por la moda, por el qué les combinaba de alhajas o bisutería a lo que se ponían de vestimenta, por los maquillajes europeos que disimularan algunos defectos en su piel o para embellecerse y lucir mejor al dar la vuelta a la plaza principal, mientras en el kiosco central un conjunto de músicos a la vez tocaban algún vals de Felipe Villanueva, como *el vals poético* o *el vals Capricho* o alguna *polonesa* de Ricardo Castro, también tocaban marchas, *La marcha de Zacatecas* de Genaro Codina, zacatecano, ya que era la costumbre al anochecer, que los hombres caminaran en la plaza en sentido contrario a las mujeres. Ellas deseaban estar al día, pero con pocas ideas, pues sus conversaciones importantes eran las críticas de los defectos de las amigas.

Cuando conoció a otras sampetrinas como a sus concuñas, se dio cuenta que no se puede juzgar por unas cuantas personas a toda una población, porque las esposas de sus cuñados, Consuelo Viesca y Octavia Benavides le

agradaron mucho, su modo de ser a más de tener muchas afinidades con ella, era muy agradable. Consuelo pintaba y era una dama muy refinada y culta, Octavia también.

Convivió en forma más cercana, más de confianza con su cuñada soltera, la hermana más joven de Francisco, pues dos de ellas ya estaban casadas y vivían fuera y le dio gusto la cercanía de Ninfa, muy inteligente y traviesa y el que hubiera regresado para el periodo de vacaciones de Monterrey fue una oportunidad de poder tenerla como amiga.

La familia Gámez Espinoza, tenía otra casa muy elegante frente a la plaza de la Purísima, en Monterrey, Nuevo León, que su padre, don Panchito Gámez, se la había comprado a puerta cerrada a Don Ernesto Madero.

Esta casa la compró para que sus hijos e hijas pudieran ir a estudiar allá en colegios más adelantados en la enseñanza, ya que San Pedro de las Colonias aún no contaba como en Monterrey había, con ninguna escuela de buen nivel académico y sobre todo con educación religiosa.

Su madre doña Rosa Espinoza de Gámez, que tenía muy buen gusto, le agradó el mobiliario europeo, de esta casa, algunos de estos muebles años después los trasladó a San Pedro de las Colonias, Coahuila a la casa de cantera o *casa quemada*, quemada en esa batalla decisiva por las fuerzas huertistas el 12 de abril de 1914, que recibió el impacto de los cañones, de esa lucha, casa que hasta la fecha conserva el comedor florentino de madera con figuras finamente talladas, comedor que llama la atención por su belleza artístico-estética y las columnas de mármol donde descansan hermosos jarrones en porcelana de

Sajonia y floreros de cristal cortado y de bohemia, también se conservan los espejos biselados con marcos florentinos.

El piano rectangular Steinway se lo llevó al casarse una de las hijas a Monterrey y la pianola que tenía rollos perforados que tocaban piezas de esa época, sin que una persona tocara las notas se arrumbó porque ya no se pudo conseguirle las piezas descompuestas o afectadas por el uso.

Francisco y Enriqueta, disfrutaban las obras del repertorio clásico, de Franz Liszt, de Beethoven y dúos con violín y piano, ella, Enriqueta cuando estaba estudiando en La Scala de Milán, Italia, oyó cantar a Enrico Caruso, le gustó mucho, como también el arte italiano.

Los dos tenían inclinación por muebles de maderas preciosas y esculturas en mármol de carrara, bustos de personajes reconocidos como el que compraron de Napoleón, cofres, camas de latón, sillas y mecedoras austriacas que en aquella época se conseguían, traídos por barcos a Veracruz.

Muchas señoras de alcurnia o de recursos, compraban ropa de dama y mantelería fina ya que podían hacer sus pedidos por catálogos a las grandes tiendas o almacenes franceses como, *Le bon Marché*, que todavía existe en París, edificio que fue diseñado por Gustave Eiffel, los almacenes de Signoret Honnorat y CIA, o comprados en las grandes casas comerciales en México como en El Puerto de Veracruz, El palacio de Hierro, en la Ciudad de México. También en subastas se conseguían pinturas y otras obras de arte, de origen italiano, austriaco y francés,

a buen precio consecuencia de la detonante primera guerra mundial.

El mundo de la postguerra, por el horror del desastre ocurrido hizo que Europa perdiera su hegemonía, la que quedó en Estados Unidos, por lo que muchos europeos se vieron en la necesidad de vender sus pertenencias, sus obras de arte.

Toda la familia de Francisco; hermanos y hermanas que eran ocho, cuñadas y cuñados y Enriqueta se reunirían para el festejo tradicional familiar del santo de doña Rosita.

Cuando Francisco y Enriqueta bautizaron el 15 de agosto de 1917 a Francisco su hijito, ya se habían cambiado por insistencia de Enriqueta Crabtree, a Lerdo, tan cercano a Torreón, rentaron una casa con un hermoso huerto en la calle del Progreso No. 189 y ella Enriqueta se dedicó feliz a practicar su violín y a cuidar de sus hijito y de su esposo, quien aunque tenía muy buenos mayordomos y peones al cuidado de sus tierras y labores tenía que ir muy seguido a San Pedro para asesorar a sus trabajadores en el cultivo de sus tierras algodoneras y viñedos.

Él le dio ese gusto a su amada esposa, porque es común, darse cuenta, que la mujer tiende a convivir más con su familia que con la de los suegros, Francisco dejó que ella pudiera disfrutar de la cercanía de su padre el Ingeniero Henry H. Crabtree y su madre Carlota Camacho, de sus hermanas Josefina, Conchita y de su hermano Carlos cuando estaban en Lerdo.

Francisco oraba agradecido y con alegría por sus campos, bendecidos con millares de hermosos capullos de algodón, algodón de una fibra que se la peleaban los compradores extranjeros, el auge del oro blanco se reflejaba en las tierras de cultivo que Francisco había sembrado y en las tierras de lo que le llamaban “La Laguna de Mayrán”, donde las aguas del Rio Nazas terminan su recorrido bañando y sumergiendo en sus remanentes heridas y resquebrajadas tierras áridas con sus postreros aniegos de agua, metamorfoseando poco a poco esas tierras generosas, en espera sedienta de sembrarse.

Él animó a varios agricultores a sembrar también allí para no desperdiciar esa bendecida agua y fue un acierto el hacerlo.

La vida les sonreía, después de recibir una buena cantidad por una de sus cosechas, le platica a Enriqueta que en todo Estados Unidos se celebraba el día de las madres y que él por ese motivo le regala de parte de su hijito Panchito, un collar de brillantes con sus aretes, Enriqueta feliz y emocionada le contesta que se los merece, puesto que ella está nuevamente embarazada, una noticia maravillosa para los dos y para sus familias, la Crabtree y la Gámez.

En mayo, se dijo a sí mismo Francisco, es el comienzo de la germinación de nuestro segundo vástago, que brota del vientre de mi amada esposa, otro regalo de Dios.

En agosto, cuando llegó del rancho, cansado del trayecto desde San Pedro a Lerdo, cansado porque con su mayordomo habían recorrido gran parte de la labor a pie y a caballo, por la labor como decían los peones, caminaron por los surcos sembrados de algodón, tierra donde se le

había aplicado con anterioridad el primer riego y ya venía el tiempo de desahijar las plantas, Francisco al pararse en el balcón que daba al patio exterior de la casa, miró la sombra de su amada, volteó la cara para verla bien y vio que ella se había puesto un vestido de raso en azul eléctrico, que destacaba la blancura de sus brazos y cuello, sus bellísimas facciones de su cara, su atractivo cuerpo y pensó, si fuera pintor...un Paul Cézanne, en ese instante recordó la pintura “La mujer de azul”, miró a Enriqueta con embeleso, la imagen real que veía, era más bella y sonriendo consigo mismo se dirigió al cuarto de baño, un regaderazo le caería bien para refrescarse y poder acariciarla hasta percibir de ella, como los nardos perciben la intensidad de la lluvia en su estremecimiento. Su cara de ella al verlo, se iluminó, con mirada jubilosa.

Después de su rencuentro tan agradable y emotivo y de platicar sus vivencias de esos días que estuvieron separados, con voz tierna le pidió que la llevara a visitar a algunos ancianos pobres, enfermos llenos de soledad y de achaques a los que ella les tenía preparadas unas bolsas con cereales, frutas y dulces, estaban realmente desprotegidos, sin familiares o con hijos que los habían olvidado o se hacían los desentendidos a su soledad y a sus necesidades, él, Francisco, le aseguró, que claro que la acompañaría, como la había acompañado tantas otras veces desde que se vinieron a vivir a ciudad Lerdo.

Ella estaba tratando de fundar un lugar que sirviera como asilo para algunos ancianos, con otras personas altruistas dirigidas por el Padre de la capilla cercana a su casa y le decía a Francisco con alegría y optimismo, que lo conseguirían.

Cuando le faltaban tres meses para tener a su bebé, el grupo con el que colaboraba Enriqueta acababan de organizar un evento donde ella tocó el violín y su hermana Trixi el piano, otras amigas de ellas cantaron y así consiguieron fondos económicos por esta causa. El embarazo ya se comenzaba a percibir en su vientre.

A algunos niños de la localidad Enriqueta les estaba enseñando algo de música, todo eso era parte de la preocupación por los demás, por su fe y creencia cristiana, amar a los demás.

Enriqueta como veía que su esposo tenía que ir más frecuentemente a San Pedro y debía dedicar más tiempo en estos meses de agosto y septiembre a las variadas siembras, frijol, trigo y sobre todo a la cosecha del algodón, su recolección mediante la pisca, a más de el riego y mantenimiento de sus viñedos, le rogó a Francisco su esposo, la dejara acompañarlo esos meses de tanto trabajo a la Villa de San Pedro de las Colonias, sus cuñadas estarían de vacaciones y ella se podía relacionar más con su familia, con personas de allí y el medio ambiente y que a principios de diciembre se regresarían para la Navidad y su parto. No pudo negarse pues le agradaba tanto tenerla cerca de él, aunque le daba miedo que el viaje de Lerdo a San Pedro la fuera a perjudicar en su embarazo.

El Periódico La Opinión de Torreón Coahuila, meses después en octubre de 1918 resaltaba los estertores de la primera guerra mundial, guerra que dio comienzo en 1914, donde participaron Alemania, Austria, Gran Bretaña, Francia Bélgica, Rusia, Yugoslavia, Japón. Polonia, guerra que tuvo fracturas imborrables en todas sus

variables, horrores bélicos del enfrentamiento, muertes, bombardeos, terror de las armas químicas, hambruna.

Cuando en 1918 ya estaba en decadencia la guerra, eran sus últimos estertores, *Carl Orff un joven Director de orquesta que se encontraba en el frente oriental, fue enterrado vivo en una de las cuevas adheridas a las trincheras*: en los países europeos la gente escondía o se deshacía y malbarataba sus cosas personales para poder sobrevivir porque escaseaban los alimentos, los trabajos.

Muchos comerciantes, enviaban sus productos en barcos a otros países, sobre todo a Estados Unidos.

La pandemia de la gripa española, llamada peste roja, que confirmaban era debido a las muertes en las trincheras durante esta primera guerra mundial, pandemia que otros afirmaban que se originó en los Estados Unidos, fue causa de muerte de millones de personas.

Aquí en México se extendió rápidamente, sobre todo en las ciudades aledañas y cercanas a las fronteras, como en Nuevo León y en Coahuila.

En San Pedro de las Colonias, Coahuila, la población estaba alarmada pero no muy consiente de la gravedad del contagio. Se trabajaba en recoger las cosechas de cereales, y principalmente la cosecha de algodón, motivo por el que llegaban a la región muchas familias, que intervenían en la pizca del algodón, tanto los hombres como sus mujeres y sus hijos ya fueran jóvenes y niños. En los mismos campos agrícolas estos trabajadores levantaban jacales con qurote, paja y lodo, como si fueran sus casas para acogerse de las inclemencias en la noche y del sol, los que podían haber sido portadores de la gripa.

Enriqueta Crabtree de Gámez se ofreció a ayudar a la población de San Pedro de las Colonias donde estaba pasando con su esposo Francisco E. Gámez esa temporada del trabajo de la recolección del oro blanco, el algodón, pero sin las medidas sanitarias necesarias para no contagiarse.

El número de doctores y enfermeras fue insuficiente para controlar la dispersión entre la población de la gripe española.

En esta pandemia se contagia Enriqueta Crabtree de Gámez, con más de seis meses de embarazo, el humanismo y entrega para ayudar a los demás, sobre todo a una amiga contagiada la llevó a la muerte, quienes la rodeaban, familiares de su esposo Francisco, doctores y enfermeras estaban llenos de temor y pánico de contagiarse también ellos al estarla atendiendo, por sus síntomas que eran de una bronconeumonía.

Así está estipulado en su acta de defunción, que murió por bronconeumonía aunque se escucharon otras versiones posibles sobre su trágica muerte, como que la peste-roja, causó muriera en su vientre, el feto de meses que fecundaba y que le dio septicemia.

En Gómez Palacio Dgo., según el periódico El Siglo de Torreón, como no tenían todavía un panteón, los que murieron anteriormente a esta pandemia, los llevaban a enterrar en el Panteón Municipal de Lerdo, bajo la aceptación de medidas elitistas, del lado izquierdo los terrenos del Panteón Municipal estaban reservados a personas fallecidas de recursos altos y del lado derecho a difuntos de clase media e indigentes.

Durante la pandemia de la influenza española, enterraban a los fallecidos en fosas echas a la deriva en lugares designados por la autoridad sanitaria.

Enriqueta le suplicó a Francisco antes de morir, que salvara a su bebé Panchito, de contagiarse, que si ella moría, hiciera los trámites que se requirieran para su traslado a ciudad Lerdo, que protegiera a su hijito y que nunca se separara de éste.

Sus síntomas de fiebre alta, hemorragia nasal, marcas rojas en la parte blanca de los ojos, problemas respiratorios empeoraron, sus accesos de tos, flemas sanguinolentas que le causaban dificultad para tragar, escalofríos que la envolvían haciendo que sudara hasta mojar sus camiones y la fiebre y el sudor, la debilitaron, su vientre endurecido le hacía sentirse rara, hasta ya no tener fuerzas para respirar.

Francisco durante la enfermedad y triste agonía de su Enriqueta, por la ya probable muerte del bebé que se estaba gestando en su vientre ya por más de seis meses, el que resultó afectado por la bacteria de la gripa, la intranquilidad de ella por todo lo que estaba sufriendo su joven cuerpo, por la influenza española, lo rebasaban, Él ya no podía superar esa desgracia que lo desmoronaba, pero haciendo un esfuerzo supremo, con ternura y paciencia, trataba de aminorar en ella, su deterioro, sus preocupaciones por él y por su hijito Panchito. Ya en su decadencia final, Enriqueta entre sus estertores de muerte, le seguía insistiendo, con las pocas fuerzas que aún tenía, que le jurara, que nunca se apartaría de su bebé, de su Panchito, su inocente y adorado hijito.

Desde que ella exhaló su último aliento, él, en ese momento, como si una fuerza sobrenatural lo cobijara, no se apartó de su Panchito, su niño, abrazándolo con mucha ternura y cuidado, hasta que llegó a Lerdo, donde los familiares de ella, no se esperaban esa triste noticia.

Los restos de Enriqueta fueron depositados en el Panteón Municipal de Lerdo donde ella le había pedido, los depositara si moría.

Francisco, destrozado por la enfermedad de su amada, por la pérdida de su bebé nonato, su triste e impresionante agonía y su muerte, como un autómatas, hacía las cosas por inercia, a veces cargaba a Panchito, en esas veces él siempre previniendo iba recién bañado, todavía con el temor de la pandemia, con el temor de llevarle algún contagio.

Resolviendo dificultades para el traslado de los restos de Enriqueta, su viaje de regreso a la casa de ellos en Lerdo y a la casa de sus suegros, para dejarles a su hijito allí con los abuelos y continuar hacia el panteón con el cuerpo de su bien-amada, acompañando la caja mortuoria.

Pasó días y meses sobrellevando una vida imprecisa, sin importarle nada, se murió en él, el entusiasmo, el deseo, su sociabilidad, lo invadió el desinterés absoluto, desinterés por sus ranchos, por las siembras, caminaba mucho para desfogar el dolor de la pérdida, un dolor desagradable, sordo, profundo difícil de explicar, que detenía cualquier intento o acto creativo o de hacer algo, sólo se arreglaba con gran esfuerzo de su parte, para ir a visitar a sus suegros para ver a su hijito.

Les dio libertad a sus suegros para dismantelar la casa en Lerdo donde vivían él con su amada Enriqueta y Panchito, la casa de Lerdo en la que Enriqueta había sembrado en el huerto y sus jardines, árboles frutales y hermosas plantas de flores.

En su casa familiar les molestaba su actitud desinteresada por todo y para todos, su proceso interior de esa gran pérdida de su amada o proceso de luto, no lo podía elaborar o digerir, no tenía fin, seguía el dolor de su pérdida, inherente en él como si fuera de esencia infinita, se había convertido en un zombi, hacía cosas mecánicamente y sin voluntad propia.

Su madre Rosa Espinoza, un año después de viudo, muy molesta con él, por su desamor a todo, lo obligó a que los acompañara a la boda de su hermana de él, Ninfa Gámez, que se iba a casar con el hijo del Lic. don Tomás Reyes Retana, joven de nombre Benjamín y que la boda sería en la Ciudad de México. Ésta le comunicó o comentó que la madre de su futuro cuñado, la señora Loreto Nájera Muñoz de Reyes Retana ya había muerto hacía muchos años de parto después de su catorceavo hijo, siete mujeres y siete hombres, que los más niños desde esa fecha en que murió tenían institutrices y nanas para reemplazar a la madre muerta, para ayudarlos a comportarse, que era una familia muy importante y que era necesario que toda la familia de ellos asistiera a la boda.

Al principio Francisco se negó, pero cuando se lo pidió su padre Don Panchito, con esa dulzura de su mirada de ojos azules, el pensó, que nada se mueve sin la voluntad de Dios, que él tenía como se lo había jurado a su

amada esposa no separarse de su hijo, y aunque no lo había cumplido, Dios lo guiaría para conseguirlo.

Él iba seguido a llevarle flores al Panteón Municipal de Lerdo a su difunta esposa a platicarle de su vida desencantada y solitaria. A disculparse, por el qué seguía su bebé con su abuela materna, Carlota Camacho y no con él como se lo había prometido, cuando se lo pidió tantas veces en su agonía, pero ella desde allá arriba se daría cuenta que no tenía fuerzas ni para suspirar, pero él pidiendo a Dios fuerza y voluntad, iba a obedecer a su padre y que Dios lo guiaría para resolver esos dos problemas, el cómo y cuándo podría vivir junto con su hijito y el de conseguirle un mausoleo de su agrado para su amada muerta.

Al ir con toda su familia a la boda de su hermana, a la ciudad de México aprovechó las relaciones que tenían con gente que traía verdaderas obras de arte para hacerse de un mausoleo para ya ponérselo en su tumba de parte de él y de su hijito Panchito, mausoleo que logró conseguir y logró que le tallaran en el mismo mármol de carrara de la escultura del ángel el nombre de su amada esposa, Enriqueta Crabtree de Gámez. Recuerdo de su esposo y de su hijito.

Lo que más agradó a Francisco del mausoleo fue que este monumento funerario, el que pondría sobre la tumba que guardaba los restos de su amada esposa y de su hijito nonato, lo abarcaba la escultura de un ángel. Francisco al ver la creatividad artística y el ingenio humano del escultor italiano que le vendió esta obra de arte, la increíble semejanza de la expresión de la belleza de la cara, de los brazos y manos con la de su amada Enriqueta

Crabtree de Gámez, manos de artista, manos como las de ella, de violinista en la escultura en mármol de carrara, percibió que también eran las delicadas facciones de su amada Enriqueta y sus brazos que tantas veces se entrelazaban con los de él, ahora lo hacían con la cruz, símbolo de su dolor y de su vacío existencial sólo lleno de depresión e inconformidad, interminable dolor de crucifixión.

Eso era lo que ahora hacían esos hermosos brazos que tantas veces lo arroparon, que tantas veces con éstos la vio con el instrumento del violín, para reproducir partituras tan bellas que le inundaban los sentimientos de amor, de entrega, de pasión, de generosidad.

Venciendo sus tristezas y melancolía, Francisco E. Gámez Espinoza finalmente hizo a un lado sus pensamientos, ante la belleza y estética inigualable de la figura del ángel. Quiso se cincelara en este ángel, de Mármol de Carrara el nombre de su esposa, Enriqueta Crabtree de Gámez y más abajo se le añadiera, “Recuerdo de su esposo y de su hijito”. Mausoleo que se puso arriba de la tumba de Enriqueta Crabtree de Gámez en el Panteón Municipal de Lerdo Durango un 10 de octubre de 1920, a dos años de su sentida muerte, en su reposar .

Un segundo matrimonio de Francisco Gámez Espinoza con Loreto Reyes Retana Nájera de Gámez fue la solución que Francisco encontró para estar siempre cerca de su hijito, al volver a casarse en 1921, y darle la madre para su bebé huérfano. Penosamente como su abuela Carlota Camacho de Cabtree por su encariñamiento y amor a su nieto Panchito, hijo de su hija Enriqueta, no quería devolverlo a su padre Francisco, él, después de suplicarle

muchas veces su deseo de vivir con su hijito, su juramento hecho a su hija y no encontrar respuesta positiva a su demanda de que se lo entregaran, no encontró otra solución que robarlo y llevárselo a vivir con su nueva esposa.

Por más de ocho décadas, ochenta años, la gente que iba a llevar flores o a visitar a sus difuntos, este mausoleo considerado una obra de arte, esta escultura del ángel del amor como ya se le llamaba, ángel de la tumba de Enriqueta Crabtree de Gámez, atraía el visitarla.

Algunas personas sentían el deseo de orar, de solicitarle su intervención con Dios, pues los ángeles simbolizan ser mensajeros, cuidadores que intervienen con Dios por nosotros. Allí le dejaban recados demandando su intervención, cartas de amor, se escribían para los días de difuntos en los meses de noviembre algunos artículos de periodistas que visitaban esta escultura, detallando la belleza artística y los milagros que les platicaban, como los que se publicaron en el Siglo de Torreón y otras revistas, y lo que provocaba en los visitantes, que al visitarlo le llevaban: flores, listones, retratos, papeles escritos con recados demandantes, pidiéndole algún milagro amoroso, recados de agradecimiento de enamorados, que iban juntos a tocarlo, a besarlo, no sólo visitantes de la región lagunera, también de otros estados como lo confirmaron los sepultureros, gente de Estados Unidos, una visita de una pareja de enamorados desde Houston, Texas, visitas de lugareños, de matrimonios que querían arreglar sus desavenencias, visitantes de muchas partes. Impresiones de que algo sobrenatural inspiraba este ángel del mausoleo, esta obra de arte, este ángel del amor.

Algunos de los sepultureros escuchaban a los visitantes platicar en voz alta sus problemas personales, cuando se iban, ellos recogían y guardaban lo que encontraban sobre la escultura.

Tres escalones eran la base de la escultura cuando estaba en el panteón sobre la tumba de Enriqueta Crabtree de Gámez, en el primero decía, “*A perpetuidad*”, escalón que se quedó sobre la tumba, los otros dos, están de base de la escultura.

Estos tres escalones cuando el mausoleo estaba en el panteón, les daba la oportunidad a los visitantes de treparse hasta la cara del ángel, besos de bocas pintadas con lipstick, nombres escritos con plumones indelebles, corazones, puesto por gente que visitaba esta tumba de Enriqueta Crabtree de Gámez, un querer plasmar su deseo de encontrar una pareja amorosa, encontrar una intervención sobrenatural para encontrar salud para sus enfermedades o dinero, pues hasta un integrante del club de futbol Santos Laguna, con marcador de tinta negra, escribió su deseo de ganar el juego.

En el año 2004, la escultura del ángel del mausoleo permanecía sobre la tumba de Enriqueta Crabtree de Gámez. En este año 2004, a los nietos directos de ese único hijo de Enriqueta, llamado Francisco Gámez Crabtree que Enriqueta dejó huérfano, de un año de edad, en 1918, al morir ella por la influenza española, les llegó la noticia que la Directora del DIF Municipal señora María del Refugio Franco Crabtree, había trasladado la escultura llamada Ángel del amor, a otro lugar, dejando la tumba de su abuela sin mausoleo, dando por justificación que la grafiaban

Se les hizo como una profanación, preguntándose, que por qué no pusieron un cerco, alrededor del mausoleo, para impedir esos desmanes a la tumba de su abuela.

Los nietos de Francisco E. Gámez Espinoza le enviaron una carta poder a su tía Rosita, como cariñosamente la llaman, hija del segundo matrimonio de su abuelo Francisco E. Gámez Espinoza, esposo de la finada Enriqueta, para que hiciera algunas diligencias legales para que los restos de su abuela no se quedaran a la intemperie, o sin identificación alguna cuando supieron que la señora Refugio Franco Crabtree, sin avisarles había donado la escultura y mausoleo de su abuela Enriqueta Crabtree de Gámez, en ese año 2004, dejándola sin su mausoleo puesto por el amor de su esposo por su muerte, para que tratara que el mausoleo estuviera cerca de ella, como lo deseo su esposo Francisco E. Gámez Espinoza y su hijo Francisco Gámez Crabtree, ya fallecidos, porque ellos sus herederos directos así lo creen conveniente.

En la Notaría Pública Núm. Uno de la Av. Coronado 16 Sur, La Licenciada Rosa María del Carmen Hernández y Nava autorizó esta diligencia.

El Ángel llamado Ángel del amor, escultura de mármol de carrara, mausoleo de la señora Enriqueta Crabtree de Gámez quedó en custodia, en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Lerdo Dgo.

Luego uno de estos herederos entendiendo la preocupación de María del Refugio Franco Crabtree, le firmó a su hijo el Doctor neurólogo Carlos Brito Franco a instancias de él, una carta de perdón, por haber quitado el mausoleo que le puso su esposo Francisco E. Gámez en recuerdo de él y de su hijito.

Hasta el año 2007, los restos mortales o cenizas de la señora Enriqueta Gámez de Crabtree a solicitud de la señora María del Refugio Franco Crabtree, sobrina de la señora Enriqueta, hizo los tramites necesarios para su inhumación legal y los depositó en esta Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Lerdo Durango, según consta, en un escrito de la Parroquia del Sagrado Corazón, de Lerdo Dgo., sin firma del Presbítero anterior, Rubén González Romero, firmado por la señora Refugio Franco Crabtree, escrito que le entregó el señor cura actual Roberto Tábares Horta a Rosa María de Lourdes Gámez y Reyes Retana, apoderada de los nietos de Francisco E. Gámez Espinoza, frente al Señor Obispo de Gómez Palacio, Dgo. don José Fortunato Álvarez Valdéz, quién amablemente aceptó estar de acuerdo con los nietos de Enriqueta Crabtree de Gámez (finada) y su apoderada la señora Rosa María de Lourdes Gámez y Reyes Retana.

Disculpando la preocupación de la tía María del Refugio Franco, de que la gente sin respeto alguno, siguiera grafiando o perjudicando este mausoleo conocido como “El Ángel del amor “y que ya los restos de la abuela estén allí mismo en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Lerdo, Durango, sus nietos a través de su apoderada, Rosa María de Lourdes Gámez y Reyes Retana, aprueban de acuerdo con el Señor Obispo don José Fortunato Álvarez Valdéz, ya esté allí en custodia en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, el mausoleo en mármol de Carrara del Ángel del amor, como lo llama la gente.

La edición y corrección estuvo a cargo de la autora
Rosa Gámez Reyes Retana
El diseño y la impresión de este libro estuvieron al cuidado de
José Luis Muñoz Pinedo
ÁNGEL DEL AMOR,
EN TUS ALAS ME ETERNIZO
Termino de imprimirse en Agosto 30 del 2017,
Calz. Las Palmas 1716 Col. Sta. María C. P. 27020 Torreón Coahuila
México.
rosa_gamezrr@hotmail.com
juvel77@gmail.com